



KNITTED
Love

UNA SERIE
★★★★★
BESTSELLER

MANUELA INUSA

El maravilloso mundo de las lanas

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

m̄r

MANUELA INUSA

EL MARAVILLOSO
MUNDO DE LAS LANAS

Serie Valerie Lane

Traducción de Noelia Lorente Romano

mr ediciones martínez roca

Título original: *Das wunderbare Wollparadies*

Autora: Manuela Inusa

© 2018 by Blanvalet Verlag, a division of Verlagsgruppe Random House GmbH,
München, Germany

www.randomhouse.de

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent

www.uklitag.com

© por la traducción, Noelia Lorente Romano, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 36: © *It's Beginning to Look a Lot Like Christmas*, 1951, Kobalt Music
Publishing Ltd., letra de Meredith Willson.

Página 253: © *Magic*, 2014, Universal Music Publishing Mgb Ltd., compuesta
e interpretada por Coldplay.

Imágenes del interior: © Macrovector / Freepik

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-270-4843-0

Depósito legal: B. 2.479-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Susan abrió su tienda con una gran sonrisa. Enseguida se vio invadida por el aroma que desprendían los trocitos de naranja seca y las ramas de canela que había colocado en cuencos por todos los rincones del local. Había guirnaldas festivas colgando del techo y un muñeco de nieve y algunas figuritas de renos en el escaparate. Sí, reconocía que le encantaban la Navidad y todas las cursiladas que vendían durante aquella época los grandes almacenes de las inmediaciones. Aunque era un poco reacia a comprar en comercios de la competencia, justo el día anterior se había quedado boquiabierta observando la maravillosa decoración de los escaparates de Cornmarket Street. Por suerte, la gente se perdía a menudo en Valerie Lane, la callecita que salía de la calle principal, y el negocio iba tan bien en Navidad que Susan apenas tenía que preocuparse de su economía durante los siguientes meses.

A todos los vecinos de Valerie Lane les gustaba mucho la pequeña calle, con sus acogedoras tiendecitas y el ambiente único que las rodeaba. En ocasiones, Susan creía que Valerie y su alma generosa continuaban presentes en aquel lu-

gar. En esos momentos, sobre todo en Navidad, que era cuando la gente aún creía en los ángeles, se imaginaba que tal vez los observaba desde el cielo y les daba su bendición.

—¡Susan! —oyó que la llamaba alguien.

Miró a su alrededor y vio que Tobin caminaba hacia ella. Era el dueño de Emily's Flowers, la floristería de al lado. Había bautizado la tienda con el nombre de su abuela, quien, a su vez, era su socia en la sombra. Tobin era el chico nuevo del grupo, ya que solo llevaba tres meses en Valerie Lane, pero todo el mundo le había cogido cariño ya. Se había convertido en un verdadero amigo: siempre ofrecía su ayuda a los demás con una sonrisa en los labios. Sí, Tobin encajaba bien en Valerie Lane, había pensado Susan a menudo últimamente.

Le quitó la correa a *Terry*, con quien había ido a dar un paseo, y se volvió hacia Tobin, quien, con el cabello rubio, la nariz respingona y la sonrisa traviesa, no aparentaba para nada los treinta años que estaba a punto de cumplir.

—Buenos días, Tobin. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Qué tal tú?

—Genial. Contenta de que haya llegado el frío ya. ¡Espero que por fin pasemos una Navidad blanca!

—Bueno, faltan dos semanas y media para Navidad. Todavía puede cambiar el tiempo.

—¡Aguafiestas! —dijo Susan riéndose—. Oye, ¿sigue en pie nuestra cita? —Habían decidido ir juntos esa semana al mercadillo navideño.

—Sí, claro. Precisamente quería hablarte de eso. ¿Cuándo puedes?

Se paró a pensarlo un momento. Era miércoles, el día que quedaba con sus amigas por la tarde.

—¿Qué te parece mañana? —propuso.

—Perfecto. Mañana inauguran el mercado de Navidad de Broad Street. No queda lejos.

—Fantástico —acordó Susan.

—¿Nos vemos después de cerrar la tienda? —preguntó Tobin sonriendo.

—Muy bien. Aunque antes tendré que sacar a *Terry* un momento y darle de comer.

—¿Y por qué no se viene con nosotros? —inquirió Tobin mientras se agachaba para acariciar al animal.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme? Me encanta este granujilla.

—Ya... —Susan lo pensó unos segundos—. Los mercados suelen estar siempre abarrotados de gente en Navidad; no quiero que pisen a mi pequeñín. Será mejor que vayamos solos, ¿de acuerdo?

—Como quieras. —Tobin rascó a *Terry* por detrás de las orejas y se rio—. Tú sí que llevas un jersey bonito, amigo.

—Se lo he hecho yo —le informó Susan.

—Ya me lo imaginaba. —Esbozó una sonrisa—. Mira, si tiene muñecos de nieve...

—Si quieres te regalo uno a ti también por Navidad.

Tobin hizo una mueca.

—Me gusta mucho esta época, pero prefiero los jerséis sencillos. Aunque Laurie seguro que estaría encantada con algo así. Ayer me crucé con ella y llevaba un vestido rojo enorme con estrellas y lentejuelas.

Laurie, la dueña de la tetería, estaba embarazada de nueve meses. Su primer bebé iba a nacer a finales de año, y

ella y su marido Barry (que también era su proveedor de té) estaban más que felices.

—La verdad es que no sé si sería preferible tejer una talla muy grande para ahora o una para el año que viene.

—Quizá mejor un par de tallas menos. El bebé nacerá pronto, ¿no?

Susan asintió.

—Justo después de Navidad. Sale de cuentas el 30 de diciembre.

—Puede que nazca el día de Navidad.

—Sería precioso, ¿verdad? —A Susan se le iluminó el rostro. Se alegraba enormemente por su amiga y por la suerte que tenía.

—Te encanta la Navidad, ¿no? —preguntó Tobin de repente.

—Más que nada en el mundo.

Al fin y al cabo, le habían sucedido muchas cosas positivas en esa época; por ejemplo, había inaugurado su tienda justo en Navidad.

—Bueno, me alegro de que podamos quedar mañana por la tarde.

Susan también se alegraba. Pensó en lo agradable que era compartir amistad con un hombre a quien no temía en absoluto, porque este mostraba con claridad sentimientos por otra persona. Tobin y ella se habían hecho buenos amigos en los últimos meses y organizaban planes juntos a menudo. Por supuesto, hacía todo lo posible por dedicarles tiempo también a sus amigas: Laurie (la dueña de la tetería), Ruby (del anticuario), Keira (de la chocolatería) y Orchid (de la tienda de artículos de regalo). Tobin estaba irremediable-

mente enamorado de esta última, aunque no lo habría admitido nunca porque Orchid tenía novio desde hacía años. En cualquier caso, Susan percibía cierta tensión entre ellos cada vez que se veían, lo que suele suceder cuando la gente está enamorada, y por esa razón Tobin no participaba muy a menudo en los encuentros de los miércoles.

Siguiendo la maravillosa tradición iniciada por Valerie Bonham, todos los miércoles, al cerrar la tienda, se reunían en la tetería Laurie's Tea Corner, donde todo el mundo era bienvenido: gente que acudía en busca de un oído atento, un hombre donde apoyarse, un buen consejo o simplemente una taza de té. Susan no se perdía esas reuniones por nada del mundo. Ya no podía imaginarse la vida sin sus amigas. Era feliz y estaba agradecida de poder contar con ellas.

—Pásate esta noche otra vez por la Tea Corner —le dijo a Tobin.

—No puedo, tengo una cita.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Con Christine. Ya sabes, la enfermera que vive encima de la tienda de Ruby.

—¿Sí?

Susan se sorprendió. Christine tenía el cabello negro y estaba más bien rellenita; era muy distinta a Orchid.

—Sí. Me hice un corte bastante profundo en el dedo ayer, mientras preparaba un ramo, y tuve que ir a urgencias.

Levantó la mano y Susan se dio cuenta de que llevaba un vendaje.

—Vaya, pobre... Espero que no sea muy grave.

—Tuvieron que coserme la herida. Por cierto, ¡adivina quién me curó!

—¿Christine?

—Exacto. Me pidió una cita y pensé «¿Por qué no?». Así que hemos quedado para comer juntos —respondió Tobin riendo.

Susan no le dijo que podía ahorrarse la cita, porque de todos modos aquello no iba a salir bien (y estaba segura de ello). Aun así, tenía razón: ¿por qué no compartir una comida agradable?

—Entonces, que te diviertas mucho... con Christine.

—Gracias. Yo también te deseo un día ajetreado.

Susan sonrió y siguió a Tobin con la mirada; luego entró por fin en su tienda. *Terry* fue a acomodarse en su rincón y Susan cogió algunas madejas de lana de los numerosos estantes donde estaban ordenadas por colores. Acababa de decidir que iba a regalarle un jersey navideño a Tobin de todos modos. Si no le gustaban los muñecos de nieve, tejería uno más sencillo. El azul era un color que le sentaba bien: combinaba con sus ojos cálidos.

A las doce en punto, como todos los días, Susan hizo una pausa para almorzar. Se llevó a *Terry*, que enseguida se dirigió a su árbol preferido, y compró un curri indio para comérselo en la tienda. Siempre cerraba a mediodía, aunque no estaba fuera más de un cuarto de hora. Sus clientes lo sabían y apreciaban que fuera así.

Al doblar la esquina de Valerie Lane, pensó en lo mucho que le apetecía una buena taza de té caliente, así que paró un momento en la tetería de Laurie.

—Hola, querida —la saludó su amiga. Tenía las mejillas tan sonrosadas que hacían juego con su larga melena de color cereza—. ¿Qué quieres tomar?

Susan se quedó asombrada: cada vez que veía a Laurie, la encontraba más gordita.

—¿Qué me recomiendas?

—Veo que traes el almuerzo —dijo Laurie señalando la bolsa blanca de papel que llevaba Susan en la mano.

—He comprado un curri de verduras en el restaurante indio.

—Ajá... —soltó Laurie, y su mirada se desplazó hasta las latas de té de encima del mostrador, con toda la selección de infusiones que servía. Varias estanterías y una antigua cómoda con cajones abiertos servían para exponer todos los té a la venta. Había numerosas variedades procedentes de todo el mundo, y Susan había descubierto mezclas fantásticas que no conocía. Visitar a Laurie era como viajar al Lejano Oriente—. ¿Qué te parecería un té de manzana? Realza el aroma de algunas especias, como el cardamomo y el cilantro de tu curri.

—En realidad venía pensando en algo más navideño.

Laurie sonrió. Por supuesto, sabía que a Susan le encantaba la Navidad.

—Entonces prueba el té de manzanas asadas.

—Vaya, suena bien. ¡Perfecto!

Los ojos de Susan mostraron cierto brillo, como le sucedía siempre que abría la puerta a los sentidos; estaba impaciente por oler y saborear el té.

Laurie le llenó una taza grande y Susan le dio dos libras con ochenta.

—Te devolveré la taza esta noche.

—De acuerdo. ¡Que lo disfrutes!

—Gracias. Oye, Laurie... —Susan se acordó de algo se-

gún se iba y volvió a girarse. Se quedó mirando el vientre enorme de Laurie y preguntó—: ¿De verdad vamos a organizar el mercadillo navideño en Adviento como solemos hacer?

Oxford, al igual que todas las ciudades grandes, contaba con suficientes mercados festivos; sin embargo, ellas creían que era bonito organizar algo similar en Valerie Lane. Hasta el momento no les había resultado posible organizar un mercadillo que durara varias semanas, puesto que la mayoría dirigía la tienda a solas. Ahora Laurie y Keira contaban con ayudantes, a Ruby la ayudaba su novio Gary, y Tobin había contratado a media jornada a Barbara, que también residía en Valerie Lane. Orchid y ella eran las únicas que seguían solas en sus tiendas, aunque podían apañárselas durante un fin de semana. Por ejemplo, el año anterior Susan le había pedido ayuda a una conocida del grupo de tejedoras para el puesto en el mercado navideño.

—¡Claro que sí! Me encanta nuestro mercadillo navideño.

—Pero solo si de verdad puedes. Este año la situación es algo especial, y ya tuvimos que cancelarlo otro año.

Se refería al año en que falleció Meryl, la madre de Ruby. Meryl era la dueña del anticuario y sufrió una muerte repentina. Ese invierno ninguna tuvo ganas de celebrar mucho las fiestas. Sin embargo, Ruby acabó siguiendo los pasos de su madre, se hizo cargo de la tienda y con el tiempo la transformó en una librería de viejo. Ruby se había convertido en una buena amiga para todas, al igual que lo había sido Meryl. Sus amigas veían reflejadas en ella la bondad y amabilidad de su madre.

—Eso fue distinto —dijo Laurie—. Nuestro mercadillo

navideño debería celebrarse como siempre. No me puedo creer que aún no hayamos organizado nada. Creo que últimamente tenemos todas demasiadas cosas en la cabeza. Será mejor que hablemos esta tarde sobre el tema y concretemos un día. ¿Te parece?

Susan sonrió satisfecha.

—¡Perfecto! Que acabes bien el día, Laurie. Y saluda a Barry de mi parte.

Sabía que, desde que Laurie estaba embarazada, el marido de su amiga se pasaba por la tienda todos los miércoles para llevarle algo de comida.

—Gracias, lo haré.

Laurie sonrió radiante, y Susan atravesó la callejuela adoquinada con el té de manzanas asadas en la mano. Sentía su aroma en la nariz y le brillaba el rostro de alegría. La Navidad estaba cerca, muy cerca, y confiaba en que las semanas siguientes transcurriesen despacio para disfrutar plenamente de cada momento.